

facultades en su niñez para el estudio de las lenguas. A los cinco años sabía leer y producir latín, griego y hebreo. A los diez conocía el caldeo, siríaco y árabe. Habiéndose decidido á vivir en el país de Gales, aprendió el dialecto de dicha comarca; pero á semejanza de Magliabechi, que también tenía muy extensos conocimientos lingüísticos, no hizo otra cosa que adquirirlos. No abandonó nunca su singular propósito en beneficio de los demás. La precocidad de ambos resultó estéril. Muy diferente fué sir Guillermo Jones que, aún en la escuela, era ya considerado como un niño notable. Su padre era un matemático eminente, pero murió cuando el niño contaba sólo tres años. En Harron el joven Jones aventajó á todos sus compañeros en el estudio. El doctor Thackeray, director del colegio, decía de él: « Si Jones se encontrase desnudo y sin amigos en la llanura de Salisbury, no dejaría de abrirse, sin embargo, camino para llegar á la fama y á la fortuna. » Nuestros lectores conocen sobradamente el éxito alcanzado por sir Guillermo Jones.

Sir Jacobo Mackintosh, de quien se esperaba mucho desde su juventud, dejó defraudadas semejantes esperanzas. Su nombre era conocido en las cercanías de Frotruse, á cuya comarca pertenecía, como un prodigio de ciencia. Pero después nunca tuvo tiempo ni perseverancia para hacerse grande. Pasaba el tiempo en resolverse y en descansar luego de las fatigas de haber tomado una resolución. Cuando era niño leía y meditaba la mitad de la noche, y cuando llegó á ser hombre leía y meditaba siempre. Pero nunca realizó las grandes esperanzas que había hecho concebir acerca de su brillante porvenir.

Tomás Brown, el metafísico, tenía sólo dieciocho

años cuando estudió y publicó sus *Observaciones acerca de la Zoonomía de Darwin*, cuyo prefacio contiene en germen su doctrina de las causas. El doctor Brown fué nombrado más tarde profesor de filosofía moral en la universidad de Edimburgo, y sus lecciones, que fueron publicadas después de su muerte, son consideradas como el mejor tratado acerca de este asunto. El doctor Brown era colaborador de la *Edinburgh Review* á los veinticuatro años. Este semanario fué fundado y dirigido únicamente por jóvenes, tales como Enrique Brougham, de veintitrés años; Francisco Horner, de veinticuatro; Francisco Jeffrey, de veintinueve, y Sidney Smith, de treinta y uno, el cual era el principal de todos lo mismo en saber que en travesura.

El doctor Alejandro Murray, hallándose consagrado al oficio de pastor en su infancia, era considerado por su padre como estúpido y perezoso. Continuamente incurría en errores ó equivocaciones, cuando le enviaban á recoger el rebaño ó á traer los bestias á casa. La razón de esto consistía en que el muchacho se ocupaba más en aprender que en guardar el ganado. A los dieciséis años intentó aprender por sí mismo el latín y el francés, y lo consiguió de tal suerte, que pudo leer á César, Ovidio y Tito Livio. Abandonó la guarda de rebaños y se hizo preceptor; en sus horas de ocio aprendió el alemán, el anglosajón y la lengua visigótica, después de lo cual se dedicó á estudiar el dialecto del país de Gales. En pocos años llegó á dominar todas las lenguas de Europa, y empezó sus investigaciones acerca de los más recónditos dialectos orientales. A la edad de treinta años era conocido como uno de los más grandes lingüistas de su época; y habiendo ocurrido una vacante en la cátedra de len-

guas orientales de Edimburgo, fué nombrado profesor á los treinta y seis años. Pero el trabajo intelectual á que se había sometido hacia tantos años, fué mayor de lo que podía soportar su débil constitución, y sólo disfrutó este honor un solo año, muriendo á la temprana edad de treinta y siete.

Se ha pretendido algunas veces que los jóvenes que se distinguen en la escuela y en el colegio no suelen distinguirse en la vida corriente. « ¡Cuán pocos, dice sir Egerton Bridges, de los que conquistan lauros en las universidades, hacen luego hablar de sí: ¹ » Esto, sin embargo, no puede aceptarse como principio general. Aquellas cualidades especiales que hacen presumir la futura eminencia, empiezan realmente á manifestar su existencia y vitalidad entre los diecisiete ó dieciocho, y los veintidos ó veintitrés años. La facultad del raciocinio comienza entonces á ocupar el puesto que le corresponde en el organismo mental y el don de comprender las cosas, lo mismo que el de conocerlas, da nueva forma y color á todo lo que pasa por la mente. De aquí el que los jóvenes que llegan á la cabeza en la escuela y en el colegio, se coloquen generalmente también á la cabeza en la escuela de la vida. Tómense, por ejemplo, la vida é historia de algunos de nuestros más eminentes hombres de estado.

Lord Chatam, Carlos Jacobo Fox, Windham, Granville y Wellesley, se distinguieron como discípulos del colegio de Eton. Chatham no se distinguió de un modo especial en Oxford. A los veinte años lo encontramos de abanderado en los *Azules*. A los veintiséis entró en el Parlamento, y dos años más tarde pronun-

1. *Autobiography*, I, págs. 65 y 66.

ció su primer discurso, que llamó en seguida la atención. Dicese que « este terrible abanderado de caballería » hacía pasar un mal rato á sir Roberto Walpole cuando se levantaba á hablar, porque era uno de los más apasionados é inspirados oradores. Muy diferente era Guillermo Pitt, el « predestinado ministro », aunque el haber sido hijo de un padre como el suyo era un hecho de gran significación para su porvenir. El joven Pitt era débil y delicado, pero estaba dotado de una vivacidad precoz. Había sido criado en su casa y educado principalmente por su padre. Lady Holland dice del « pequeño Guillermo Pitt » que era « realmente el niño más vivo que había visto nunca » ¹.

A los doce años se dejó muy atrás á su hermano, que tenía tres años más que él. Su padre acostumbraba á hacerle declamar en una cátedra ante numerosa compañía, en la que causaba la mayor sorpresa y admiración. A los catorce años escribió una tragedia en cinco actos. Antes de cumplir los dieciséis años entró como estudiante en el colegio Pembroke de Cambridge. Allí permaneció seis años siendo un estudiante asiduo y adquiriendo entonces conocimientos en literatura inglesa. Macaulay dice que sus conocimientos, así en lenguas antiguas como en matemáticas, eran tales, que muy pocos hombres de más edad

1. Lord Juan Russel, en sus *Recuerdos de Carlos Jacobo Fox* (que tenía diez años más que Pitt), trae la siguiente anécdota: « La duquesa de Leinster me refirió una conversación, á la que asistió, entre su hermana, lady Carolina y mister Fox (lord Holland). Lady Carolina, quejándose con su marido acerca de la excesiva indulgencia de éste para con sus hijos y en particular con Carlos, añadió: Esta mañana he estado con lady Ester Pitt y estaba allí el pequeño Guillermo Pitt, que no tiene aún ocho años, y es realmente el niño más vivo que he visto nunca, educado con tanto rigor y tan correcto en su conducta, que, *fijos en mis palabras*, ese niño será una espina en el costado de Carlos durante toda su vida. »

que él podían llegar á adquirirlos en el colegio. El libro con que más se deleitaba era los *Principios de Newton*; y la facilidad con que resolvía problemas difíciles de matemáticas no tenía rival en la universidad, según aseguraba uno de sus examinadores. Pitt entró en el Parlamento inmediatamente que tuvo la edad necesaria. A los veintidós años pronunció su primer discurso en defensa del plan de reformas económicas de Burke, y causó tanto agrado como admiración en la Cámara por el dominio de sí mismo, por su elocuencia fácil y por su noble porte. Hazlitt dice de él «que siempre se mostró en completo desarrollo y que nunca manifestó la indecisión y la torpeza de un entendimiento que se está desarrollando.» A los veintitrés años fué nombrado Pitt canciller del Echiquier (ministro de Hacienda), y á los veinticuatro primer ministro, — «el hombre más grande, según Macaulay, que ha visto Inglaterra durante muchas generaciones.»

Aunque Edmundo Burke no fué tan precoz como Pitt obtuvo premios en el colegio de la Trinidad, de Dublin, especialmente en los estudios clásicos. Consagró la mayor parte de sus ratos de ocio á la lectura general, especialmente á los libros de historia, — futuro instrumento de su grandeza. A los veintiséis años publicó su *Ensayo sobre lo Sublime y lo Bello*, empezado á los diecinueve años, que le aseguró inmediatamente un puesto entre los autores clásicos de su nación.

Canning, uno de los más brillantes alumnos de Eton, se distinguió muy pronto por la elegancia de sus versos latinos é ingleses. A la edad de diecisiete años publicó su periódico *Microcosmos*, cuyos principales colaboradores eran Frere y los hermanos Smith, que

eran próximamente de su edad. Canning entró en el *Christ Church College* de Oxford á los dieciocho años y se distinguió por sus conocimientos clásicos. Su *Iter ad Meccam*, que fué recitado en el teatro con motivo de la fiesta onomástica de lord Crewe, excedió á toda competencia y fué considerado como el mejor poema latino que Oxford había producido nunca. Canning entró en el Parlamento á los veintitrés años, hizo su primer discurso en el año siguiente, fué nombrado subsecretario de estado á los veintiséis y fué ascendiendo á cargos cada vez más importantes, hasta los cincuenta y siete años en que llegó á ser primer ministro, y murió desempeñando este cargo.

De los últimos hombres de Estado, Peel y Gladstone conquistaron los mayores lauros en el colegio de Oxford. Peel tomó el grado de bachiller en artes á los diez y ocho años, distinguiéndose de un modo que no había tenido precedente, pues fué el primero que obtuvo el premio de honor en las dos clases de estudios clásicos y de matemáticas. El mismo triunfo lograron, por otra parte, después mister Gladstone, lord Cardwell y lord Westbury.

La carrera de lord Macaulay en Cambridge fué de las más distinguidas. En dos años consecutivos, á los diez y nueve y á los veinte respectivamente, obtuvo la medalla del Canciller por sus poesías inglesas, y á los veintiséis ganó el gran premio de honor. Aunque los premios universitarios de poesía no tienen especial reputación, los que han logrado ganarlos han sido con frecuencia hombres distinguidos.

Mackmorth ganó la medalla del Canciller, después de Macaulay, en dos años sucesivos, consiguiendo además la medalla de Browne por las odas y epigra-

mas griegos. Bülwer Lytton ganó después la misma medalla por su poema sobre la *Escultura*. Entre los que ganaron premios de poesía en Óxford y Cambridge figuran el reverendo W. L. Bowles, el obispo Héver, el profesor Whewell, el deán Milman y lord Tennyson.

Se ha observado que no siempre ocupan los primeros puestos en la vida corriente los que figuran á la cabeza en las Universidades; con frecuencia suelen ocupar puestos de segunda y hasta de tercera fila. Tomemos como ejemplo la lista de premios de matemáticas en Cambridge, y encontraremos que mientras muchos de los que figuran en ella con los primeros números ocuparon elevadas posiciones como profesores, traductores, y á veces llegaron á elevadas dignidades en la Iglesia, no todos, por regla general, figuraron á la cabeza en el mundo profesional y científico. Muchos de ellos desaparecieron de la vista del público. Fijémonos en el período desde 1739 hasta nuestros días y hallaremos los siguientes alumnos distinguidos: sir Juan Wilson, juez del tribunal de Derecho consuetudinario en 1761; el doctor Paley, en 1763; el doctor Milner, deán de Carlisle, en 1774; sir José Littledale, juez del Banco de la Reina, en 1787.

En la presente centuria hallamos una gran pléyade de señores ó jóvenes que figuran con el número uno en la citada lista. En 1806 hallamos el nombre de Pollock, después barón lord Chief¹; en 1808, Bickers-teth, lord Langdale; en 1809, Alderson, barón del Echiquier; en 1810, Maule, juez del Common Pleas²;

1. Presidente de Sala en la Corte Suprema ó Banco de la Reina. — (N. del T.)

2. Tribunal de derecho consuetudinario. — (N. del T.)

mientras que Platt, barón del Echiquier, figuraba con el número cinco en la promoción del mismo año. Entre otros jueces de menor graduación figuran sir R. Graham, barón del Echiquier, que tuvo el número uno en su promoción; lord Alvanley, presidente del Common Pleas, que tuvo el número doce. Lord Ellemborough, sir S. Lawrence, lord Lyndhurst (que era el segundo), sir Juan Williams, sir N. C. Tindal, sir L. Shadwell, lord Wensleydale, sir T. Coltman, lord Cranworth, sir Cresswell, todos los cuales, aunque tuvieron premios, no figuraron entre los primeros de sus respectivos años. Lord Hatherby, lord Selborne y lord Colbridge, obtuvieron los primeros premios en sus respectivas Universidades. El profesor Whewell tuvo el segundo premio de matemáticas, y el profesor Sedgwick el quinto.

Entre los pocos hombres de ciencia que figuran con el primer premio de matemáticas, recordamos á sir Juan Herschell, al profesor Airey, al profesor Stokes y al profesor Adams, que descubrió más tarde, al mismo tiempo que mister Leverrier, el planeta Neptuno. El conde de Rosse, el gran mecánico de la Cámara de los Pares, obtuvo el diploma de la primera clase de matemáticas en el colegio Magdalena de Oxford; pero el honorable J. W. Strut, hijo mayor de lord Raleigh, que obtuvo el número uno como matemático en Cambridge en 1863, fué, según parece, el primer hijo de un noble que consiguió semejante distinción¹.

Diremos para concluir breves palabras acerca de los jóvenes que llegaron á ser grandes hombres en la his-

1. *Times*, 1.º de Febrero de 1865.

toria. Aunque no ocurre con frecuencia que los hombres lleguen á ocupar el mando hasta que han adquirido la experiencia que generalmente viene con la edad, ha ocurrido, sin embargo, que algunos de los más grandes jefes y directores en los tiempos antiguos y modernos hayan sido relativamente jóvenes. El genio para el mando parece haberse manifestado en ellos como por instinto, y puede decirse que el genio para cualquier objeto es el que inspira solamente la pasión para conseguirlo.

Temístocles era un joven inflamado por el amor de la gloria y deseaba ardientemente distinguirse en servicio de su país. Tenía sólo unos treinta años cuando mandó la armada griega en la batalla naval con los persas mandados por Jerjes en Salamina. La completa victoria que consiguió fué debida al valor de todos, pero principalmente á la sagacidad y á la tenaz bravura de Temístocles. Fué el primero en la acción y en el mando, y sus compatriotas reconocieron por algún tiempo su grandeza y supremacía.

Alejandro Magno fué aún mucho más precoz como gobernante y como general. Apenas llamado á ocupar el trono de Macedonia, á los veinte años, cuando tuvo que reprimir una formidable insurrección. Obtuvo el más completo éxito, y después se dirigió hacia el sur y sometió los principales Estados de Grecia. A los veintidos años reunió un ejército para la invasión de Persia, cruzó el Helesponto y desembarcó en Abidos. Encontró el ejército de Darío á orillas del Gránico y lo derrotó por completo. El año siguiente se adelantó por el Asia menor, dió y ganó la batalla de Iso, y dos años más tarde la batalla de Arbelas, cuando sólo tenía veinticuatro años. El poder de Darío quedó com-

pletamente anonadado; el Oriente se abrió por completo á los ejércitos de Alejandro, y durante un reinado de doce años y ocho meses extendió su imperio desde las costas del Mediterráneo hasta las comarcas tributarias del Indo. Murió á los treinta y un años.

Escipión y Pompeyo fueron ambos grandes desde su juventud. Escipión ganó la batalla de Zama á los veintinueve años; pero Pompeyo se distinguió en edad más temprana. A los veintitrés levantó y mandó el ejército con que derrotó á Marco Bruto. El año siguiente, á pesar de su « imberbe juventud », según le describen sus enemigos, llevó á cabo una feliz campaña en Africa y volvió en triunfo á Roma.

Anibal fué uno de los generales jóvenes más ilustres de la antigüedad, habiendo aprendido el arte de la guerra en los campamentos de Amílcar y de Asdrúbal. A la muerte de este último, cuando Anibal contaba únicamente veintiseis años, se encargó del mando en jefe del ejército cartaginés. Después de conquistar las tribus españolas que permanecían aún independientes, volvió sus armas contra Roma. A los veintiocho años tomó á Sagunto, al cabo de ocho meses de sitio; entonces cruzó los Pirineos, avanzó hacia el Ródano, penetró en Italia por los Alpes, y después de varios encuentros favorables, dió y ganó la gran batalla de Canas, cuando sólo tenía treinta y un años.

En la Edad Media, Carlomagno y Carlos Martel fueron ambos grandes guerreros en edad temprana. Martel « el martillo », como le llamaban, derrotó á los sarracenos en Tours siendo relativamente muy joven, y de este modo cambió la faz de la Europa. Carlomagno á los treinta años era dueño de Francia y de Alemania. Después de Alejandro Magno y César, fué el nombre

más ilustre que registra la historia de Europa en sus primeros tiempos. Guillermo el Conquistador, cuando contaba sólo veinte años, derrotó á sus nobles rebeldes en la batalla de Val des Dunes; y á los treinta y ocho ganó la victoria de Hastings, que le hizo dueño de Inglaterra. Eduardo, el príncipe Negro, cuando sólo tenía diez y seis años, mandó la división principal del ejército inglés en la batalla de Crecy. Cuando su padre le vió precipitarse en lo más recio de la batalla, dijo: « Que gane el muchacho las espuelas, y que el día sea suyo. » Al fin del combate le abrazó diciendo: « Querido hijo, Dios te ha dado firme perseverancia; eres mi verdadero hijo, has cumplido en este día con entera lealtad y has merecido una corona. » Diez años después, á los veintiséis, el príncipe Negro ganó la batalla de Poitiers. Enrique V ganó á los veintisiete la victoria de Azincourt.

Algunos de los más distinguidos gobernantes y generales franceses se han dado á conocer igualmente desde muy jóvenes. Enrique de Navarra era, desde los diez y seis años, el jefe reconocido de los hugonotes. A esta edad los mandó en las batallas de Jarnac y Montcontour. Después de la matanza de San Bartolomé, que ocurrió cuando él tenía veintiún años, se puso en persona al frente de los calvinistas franceses y los dirigió en una serie de arriesgados y empeñados combates.

A los veinticuatro ganó la batalla de Coutras y poco después las de Arques é Ivry. La batalla de Arques la ganó Enrique con cinco mil hombres contra el duque de Mayenne, que tenía veinticinco mil. Venció á su contrincante principalmente por su energía y actividad juveniles. Decíase de él que empleaba poco paño

fino pero mucho cuero de botas, y que gastaba menos tiempo en dormir que el duque de Mayenne en comer. En cierta ocasión, como alguien ensalzase en su presencia la habilidad y el valor de su rival, Enrique respondió: « Tiene usted razón; es un gran capitán, pero yo le llevo siempre cinco horas de adelanto. » Enrique se levantaba á las cuatro de la mañana y Mayenne cerca de las diez.

Condé fué otro general francés joven muy notable. Fué tan hábil y tan feliz, que mereció el sobrenombre de « el Grande ». Ganó la batalla de Rocroi á los veintidos años contra un ejército superior de españoles, y después derrotó sucesivamente las tropas del emperador de Austria en Friburgo y Nordlingen; y nuevamente, al año siguiente, en Lens, en el Artois, todo ello antes de cumplir veintisiete años. Turena fué otro gran general, aunque no fué de ningún modo precoz. Verdaderamente, fué considerado al principio como un niño de cortos alcances, y aprendió lentamente y con dificultad. Pero obstinado y perseverante, cuanto aprendía quedaba profundamente grabado en su ánimo. Cuando se despertó en él la ambición hizo rápidos progresos. Turena fué llevado al ejército por su tío, el príncipe Mauricio de Holanda, que le hizo empezar su aprendizaje militar llevando el mosquete como un soldado raso. Después de pasar por todos los grados subalternos, obtuvo una compañía que al poco tiempo se hizo notar como una de las mejor amaestradas y disciplinadas del ejército. A los veintitrés años fué nombrado mariscal de campo, grado inmediato al de mariscal de Francia. El primer servicio importante que realizó fué el de dirigir la desastrosa retirada de Maguncia en 1633. Protegió la retaguardia y mantuvo

la disciplina con la mayor habilidad, valor y dominio de sí mismo. A los veintiséis años dirigió la ardua campaña de 1637 durante la cual tomó á Landrecies y Lure, y finalmente echó á los españoles al otro lado del Sambre. Durante el resto de su vida, Turena fué siempre reconocido como el más grande general de su tiempo, lo mismo en la edad madura que en la juventud. Fué muerto en la batalla de Salzbach á los sesenta y cuatro años.

El mariscal de Sajonia fué criado en el ejército; á los doce años servía en el ejército de los aliados delante de Lille. En el siguiente año le mataron un caballo en el sitio de Tournai; y en el mismo año asistió á la batalla de Malplaquet. A los veinticuatro años era mariscal de campo bajo el duque de Orleans. No llegó á ser mariscal de Francia hasta que cumplió cuarenta y siete años. Era sólo un hombre de guerra; por lo que toca á su educación literaria no podía ser más limitada. Cuando la Academia Francesa propuso admitirle como miembro de la misma, cosa que él tuvo el buen sentido de rehusar, escribió á un amigo suyo: « Ils veule me fere de la Cademie; sela miret como une bage à un chas. »¹

Vaubán fué naturalmente inclinado al estudio de la fortificación cuando proseguía su carrera de soldado. Entró en el ejército bajo el mando de Condé á los diez y siete años, y estuvo con él en Clermont, en Lorena, mientras adelantaban las fortificaciones. Esta circunstancia dió dirección á sus estudios, que continuó con gran asiduidad. Durante su servicio activo en el cam-

1. Quieren hacerme de la Academia; eso me sentaría como á un Cristo un par de pistolas.

po, en el que desplegó gran bravura y realizó repetidos actos de osadía á la vista del enemigo, preparó y compuso su gran obra sobre fortificación. Acabó el último de sus libros pocos días antes de su muerte, que ocurrió á los setenta y cuatro años, cuando estaba encargado de la formación de un campo atrincherado que se extendía desde Dunkerque hasta Bergues. Además de sus importantes trabajos sobre fortificación, dejó Vaubán nada menos que doce volúmenes en folio de manuscritos titulados *Oisiveté*. Era un hombre que no perdía un minuto y que utilizaba todos los momentos.

Los dos grandes hombres de guerra suecos — Gustavo Adolfo y Carlos XII — eran ambos muy jóvenes cuando dieron las primeras pruebas de su capacidad militar. Gustavo subió al trono de Suecia á los diecisiete años. Apenas había empuñado las riendas del gobierno cuando su nación fué invadida por Segismundo, rey de Polonia, que también aspiraba al trono. Al mismo tiempo fué atacada otra parte de sus dominios por el zar de Rusia. Pero Gustavo, después de una guerra que duró nueve años, logró el triunfo sobre ambos, y además se anexionó á Riga y una parte de Livonia. Cuando la guerra estaba en su apogeo violaron los austriacos el territorio sueco. Esto dió lugar á una declaración de hostilidades y se siguió una guerra sangrienta. El ejército de Gustavo fué como el centro de reunión de los protestantes de Alemania oprimidos. El ejército sueco derrotó completamente á los austriacos en las llanuras de Leipzig; y después de una serie extraordinaria de batallas, murió Gustavo Adolfo en los campos de Lutzen, en el momento de la victoria, á los treinta y ocho años.

La carrera de Carlos XII fué aún más notable, aunque su valor y sus dotes de mando se vieron deslucidos por su obstinación y su temeridad. Carlos subió al trono de Suecia á los quince años. Cuando cumplió dieciocho formaron contra él una liga el zar de Rusia, el rey de Polonia, el elector de Sajonia y el rey de Dinamarca, con objeto de desmembrar á Suecia. Carlos embarcó inmediatamente su ejército, se hizo á la vela con dirección á Copenhague, sitió la ciudad y en pocas semanas obligó al rey de Dinamarca á pedir la paz. Inmediatamente volvió sus miras hacia Rusia, embarcó y desembarcó su ejército de ocho mil hombres, marchó contra los rusos que estaban sitiando á Narva con un ejército diez veces más numeroso, y después de una sangrienta batalla, los derrotó por completo. Carlos tenía á la sazón sólo dieciocho años. Inmediatamente dirigió sus armas contra Augusto, rey de Polonia, y después de derrotar repetidas veces el ejército polaco, depuso á Augusto y colocó otro rey en el trono. La ambición de Carlos subió de punto con tan maravilloso éxito. En lugar de contentarse con el castigo que había impuesto á sus enemigos, aspiró á destronar al zar Pedro, su gran rival y enemigo. Cruzando el Niemen, derrotó á los rusos en Grodno y poco después en las orillas del Berezina. Desaparecieron sus enemigos, pero se acercó el invierno, y cayó sobre él y sobre su ejército el mismo desastre de que fué víctima después Napoleón. Sus tropas sufrieron frío, hambre, enfermedades y privaciones de todo género; y en tan miserable estado cayó sobre los suecos el zar, con doble número de excelentes tropas, en Pultawa y los derrotó por completo. El resto de la vida de Carlos fué una novela. Se refugió en Turquía, de donde se es-

capó al cabo de cuatro años; llegó en dieciséis días á Stralsund, en Pomerania; hizo campaña contra Prusia, Dinamarca, Sajonia y Rusia, ligadas todas contra él; entonces huyó de Stralsund y llegó á Suecia después de una ausencia de cerca de quince años. Levantó un ejército de veinte mil hombres, invadió á Noruega, unida entonces á Dinamarca, y después de varios triunfos, se vió cortada su carrera; pues mientras se hallaba inspeccionando las trincheras cerca de Frederichshall, á la que había puesto sitio, fué herido en la cabeza por una bala, y murió en el acto á los cuarenta y siete años.

Federico el Grande de Prusia fué otro de los jóvenes ilustres en la historia. En su juventud era tratado con tal grosería y brutalidad por su padre, que es maravilla que pudiese hacer después nada bueno. La falta de inclinación que mostró desde muy joven á los ejercicios militares y su afición á la literatura francesa, la música y las bellas artes, disgustaron especialmente á su padre, que lo puso en prisión, y hasta se dice que en sus últimos tiempos pensó en hacerle ejecutar. Pero la muerte del viejo salvaje, en 1740, colocó al joven Federico en el trono á los veintiocho años; en el año siguiente hizo campaña contra Austria, y ganó la batalla de Mollwitz, que decidió del destino de Silesia. Dos años más tarde lo hallamos de nuevo en guerra con Austria, y victorioso en las batallas de Hohenfriedburg y Sorr, después de las cuales terminó triunfalmente la segunda guerra de Silesia al cumplir los treinta y tres años. Pero la guerra de siete años, durante la cual dió las más relevantes pruebas de su genio militar, no empezó hasta que él hubo cumplido cuarenta y cuatro años. Ganó la batalla de Rosbach á